

LA NOVELA SEMANAL



LA HUELGA

Por Hugo Wast.

PRECIO: 10 Centavos



Las más altas novedades en artículos
generales para hombres, jóvenes y niños
las recibimos PARA VD.

El surtido es completo en todos los departa-
mentos:

SASTRERIA

Sombrería, Perfumería, Guantes, Bastones,
Corbatas, Pañuelos, Ligas, Tiradores, Cinturo-
nes, Carteras, Artículos para tocador y baño,
Bonetería, Camisería,

CONFECCIONES, etc., etc.

ACORDAMOS CRÉDITOS

por mercaderías pagaderas en diez mensuali-
dades, son otorgados con liberalidad, sin cobrar
interés y a los mismos precios
marcados para las ventas al con-
tado.

SOLICITEN INFORMES.



DIRECCIÓN: MIGUEL SANS - ARMANDO DEL CASTILLO

LA HUELGA

NOVELA INÉDITA Y ORIGINAL DE

HUGO WAST (G. Martinez Zuviria)

I

Con miedo al principio, vió la niña acercarse a aquel hombre que parecía un vagabundo.

Era joven y fuerte, y sin duda venía de lejos, a juzgar por su traje sucio y sus botas destrozadas; pero no llevaba ni bastón ni el característico atado de ropas de los pobres diablos que en toda época, pero más al aproximarse el verano, marchaban a lo largo de las vías, buscando trabajo en los campos o en las ciudades.

—No es un "linjera" — se dijo la muchacha; y fué a entrarse, cuando él llegó hasta la verja que rodeaba la casa, y que la primavera había vestido con las hojas nuevas de las damas de noche.

Sin quitarse el sombrero, con las manos en los bolsillos, la habló, y en su voz hubo un ligero temblor de emoción.

Dijo que tenía sed, y bebió lentamente el vaso de agua que Victoria le alcanzó, sin volver los ojos a ella, de modo que la niña pudo mirarle a su sabor, con más curiosidad que compasión.

¿De dónde podía venir así? ¿a dónde iba?

Desde el umbral se quedó ella viéndolo irse, con el mismo paso lento, por pereza o por cansancio, con que llegara.

Había observado que tenía los ojos azules, aunque era

trigueño; y que su barba descuidada, con muchos días de abandono, le ponía una sombra densa en la fisonomía adusta y triste. ¿A dónde se iría así, como un caminante extraviado?

Se detuvo al llegar a los rieles, y aun retrocedió un paso, porque en ese momento cruzó un tren silbando, por aquella bocacalle de los suburbios de la gran ciudad.

La casita de Victoria, pequeña casita de obreros, pagada en mensualidades, parecía dormida al sol de la siesta, en el costado mismo de la vía.

En todo, en el cielo de un azul fresco, en el toldo de glicinas que la brisa hacía temblar, en el pequeño jardín, en el ambiente perfumado por flores que no se veían, en la tierra amorosa, teñida por la lluvia de esa noche, ponía la primavera su cálida alegría.

Al morir la tarde, Mario Crespi, el padre de Victoria, capataz en uno de los talleres del ferrocarril, llegaba a su casa. Al cruzar la vía, se le apareció el desconocido a quien su hija diera de beber, y que por lo visto había estado espiando su vuelta.

Hablaron en voz baja, durante algunos minutos, en medio de la calle desierta, en que a uno y otro lado se veían jardines o huertas, que empezaban a llenarse de sombras en la noche que se avecinaba.

Cuando Crespi se sentó a la mesa, solo como de costumbre, servido por su hija que traía los platos y comía luego frente a él, le dijo con voz alegre, como si fuera una buena noticia:

—Ha venido Juan Crespi.

—¿Quién es?

—Un primo lejano tuyo.

—No lo conozco.

—Yo sí; sus padres llegaron a América, antes que yo. Han vivido en las provincias: ahora han muerto, y él, completamente solo viene a buscar trabajo.

Victoria nada dijo, como si aquello no despertara su interés; pero cuando su padre agregó: — Es tan pobre, que ha llegado a pie, desde Tucumán... — ella pensó en el caminante, que esa tarde llegara a su puerta.

—¡Ah!

Crespi la miró con intenso cariño. En su hija esplendía más que en nada aquella primavera que llenaba las huertas

de misteriosos perfumes, y los corazones de anhelos indefinibles.

En el mes anterior había cumplido diez y seis años, y a su edad era ya una mujer a quien podía confiar el honor y el cuidado de su casa, donde vivían solos, desde que murió la madre, varios años hacía.

Mario Crespi, continuó:

—Viene a buscar trabajo; dice que es mecánico y como en mi taller hacen falta buenos obreros, veré si mañana lo toman.

Por frente a la ventana abierta, que daba a la calle obscura ya, alguien pasó. Victoria pensó, sin saber por qué, en el caminante desconocido y andrajoso, que ahora quizás se agregaría al pequeño círculo de sus relaciones.

Resonó un rudo aldabonazo en la puerta, y mientras Crespi, se asomaba para ver quién era, la muchacha adivinándolo ya, puso un vaso más, de grueso y tosco vidrio, en cuyo fondo la borra del vino, había formado un indeleble círculo rojo.

Habían acabado de comer, por lo cual ella, que tenía esa costumbre, se cortó a prisa un pedazo de queso, que comió de pie, mientras quitaba los platos; y cuando volvió su padre, acompañando a la visita, sobre el hule blanco de la mesa, manchado con redondeles colorados, donde las moscas solían posarse, no quedaba más que el garrafón de vino y los dos vasos.

No necesitó volver la cara para saber quien era el que entraba. Le bastó sentir sus pasos, desiguales y pesados, que hicieron crujir las tablas del piso.

—¡Bona nit, la niña! — dijo el visitante, que era un hombre alto y recio, de cara roja, afeitada, llena de malicia.

Victoria le tendió la mano, que él sacudió con fuerza.

Entre tanto Crespi había llenado los vasos, y sentándose frente a uno, mientras el recién llegado, de pie aun, se bebía el otro de un trago.

Se limpió la boca con la manga de una blusa azul que usaba siempre, y dijo con la voz menos áspera, pero con aquél espeso acento catalán que daba una singular expresión a sus frases:

—Mañana es la huelga.

Desde la galería, Victoria preguntó:

—Está sola su hija, don Marcos Valrull?

El interrogado, que en ese momento se estaba echando otro vaso, se encogió de hombros.

—¿Te interesa? ¿estás por ir a verla? ¿vale más ella que yo?

—¿Estará sola?

—¡Yo que sé! Acompañada o sola, es la misma grandísima perra... — bebió un trago y se echó a reír, como si hubiera dicha una gentileza.

Crespi no bebía aún; miraba el hule blanco de la mesa, donde había trazado con lápiz el croquis de una máquina ideada por él, para afilar automáticamente las sierras sin fin.

—La huelga — dijo — ¿será general?

—¡Puff! ¡general, general!... ¡Hay tanto carnero! No será general mañana, pero poco a poco las iremos estrangulando a las empresas, y el mejor día nos acompañarán todos los gremios.

Luego agregó, con cierto misterio, bajando la voz, cual si se tratara de una peligrosa confidencia:

—Estará con nosotros el gobierno.

Crespi miró sorprendido a su compañero, en cuya frente carnosa, partida por dos hondas arrugas, brillaban algunas gotas de sudor, que parecía sangre, sobre la tez enrojecida.

—¿Es posible? nunca se ha visto...

—El gobierno estará con nosotros—repitió con convicción Valrull—Aunque no se haya visto nunca, ahora se verá.

Y con una risilla maliciosa, que le hacía temblar en la mano el vaso, cuyo licor husmeaba a cada palabra, añadió:

—¿Podía no ser así. cuando se le ha convencido de que los obreros, votarán en adelante con el que los apoye?

Y después de un rato de sacudirse con su risa mortificante, de beodo, dió la explicación:

—¡Yo he hablado con el presidente! ¿Lo crees ahora?

Pasó un tren cribando la obscuridad de la noche con miriadas de chispas. Un penacho de humo claro, flameaba a la tope de la locomotora, como una larga bandera.

Valrull se paró de golpe, temblando la silla, y tendió el puño:

—¡Ah! mañana yo, yo podré más que todos los que te mandan.

Crespi consideraba con tristeza los rayos de esa fisonomía inteligente, sobre la que el vicio empezaba a extender un velo innoble; y oyendo su voz poderosa, y viendo su gesto airado, y sus ojos en que el odio ardía como una llama, recordó las últimas asambleas de la Federación del Trabajo, dominadas por él.

Hasta entonces nadie había sospechado que aquel hombre pudiera llegar a ser el leader de los obreros ferroviarios, cuyas voluntades indecisas y desorientadas iba a atar él en un solo haz formidable, con su propia voluntad caprichosa, pero engegucida y brutal.

Cuando en la Federación todos se plegaban ya, como si un viento irresistible doblase como cañas todas las cabezas, he aquí que se alzaba él poseído de una extraña furia, para arrojar en medio de la turba acongojada por la vacilación, sus frases virulentas, que hacían arder de nuevo aquellas almas oscuras y claudicantes.

Y Crespi se preguntaba de dónde le nacía la fuerza con que odiaba a los que en verdad no le habían hecho mal ninguno.

Y su pensamiento voló hacia el episodio de esa tarde. Había hallado a Juan Crespi, que parecía un mendigo, a la puerta de su casa. Al darle la mano, observó que tenía fiebre.

—Busco trabajo — le había dicho — Hoy es el tercer día que no como, y vengo de lejos.

¡No mentía! Veíase su terrible miseria en su cara extenuada, más que en sus andrajos. Si no fuera tan joven y tan fuerte, sin duda habría quedado en la cuneta de algún camino, como un perro agusanado que se esconde para morir.

No pedía más que trabajo, y si alguien se lo diera le habría hecho una imponderable caridad.

¡Cómo habría bendecido Juan Crespi al que le hiciera ocupar el puesto de cualquiera de aquellos obreros, que al día siguiente se levantarían contra sus explotadores!

¿No era una odiosa ironía?

Mario Crespi pensó que ya no podría cumplir su promesa a su sobrino, pues declarándose la huelga, no debía ir él a llevar nuevos obreros al taller.

Marcos Valrull bebió el último trago, y fué a echarse más vino, pero su compañero le detuvo la mano.

—¿No hay que ir a la asamblea?

—Sí.

—¿No vas a hablar?

—¡Sí!

—Entonces, vamos.

—Paciencia... un minuto más. — Cogió la botella, temblándole el brazo.

—¡No, no! Llegaríamos tarde y...

—Sí, ya se, que estoy borracho...

—No, todavía no, pero vas a estar.

—Bueno... ¡plam!

Arrojó el vaso por la ventana, estrellándolo contra la verja del jardinillo; y se echó a reír:

—¡Así se es fuerte! ¡contra uno mismo!

Salieron los dos, apagando la luz.

En la calle Marcos Valrull tomó del brazo a Crespi, y continuando su última frase, dijo:

—¡Y así se es fuerte contra todos!

Crespi torció la cara, sintiendo su hálito vinoso, y de nuevo recordó cómo se transformaba aquel hombre vulgar y camino de la degradación, en un apóstol vehemente, cuando hablaba a la muchedumbre que creía en él.

De las cosas que entonces decía ¿cuáles nacían en su corazón?

Cuando conjuraba a los obreros a dejarse matar antes que ceder, mientras ellos vibraban de valor y de cólera ¿sentía él, acaso, el mismo amor a la justicia que le haría desafiar la muerte?

II

Victoria atravesó corriendo la calle. No llegaba hasta allí el adoquinado, y los pasos de la niña se ahogaban en el terraplén de la calzada.

Un filete de luz marcaba el cuadro de la puerta de una casucha que surgía en la opuesta acera, a la sombra de un viejo y retorcido aguaribay.

Victoria llamó, y sin esperar que abrieran, como persona de confianza, empujó las maderas que rechinaron y entró.

Pendiente de un clavo, en la pared, una lamparilla humosa alumbraba el miserable cuchitril, donde Marcos Valrull incubaba sus rencores.

Sobre una mesa desnuda, había una fuente de peltre con sopas de pan, y cinco niños, silenciosos y quietos, seguían con ansiosa mirada los movimientos de la hermana mayor que empezaba a repartirles la ración.

Puestos en fila, formaban una lamentable escalerita de cabezas, que la miseria había marcado como cosa irrevocablemente suya, aunque su marca ruin, se esfumaba un tant

en las últimas, en las más pequeñas, bañadas todavía por la imponderable y luminosa hermosura de la inocencia.

La hermana se había sentado cuando llegó Victoria, para dar de comer al menor de los niños, que tenía sobre la faldá.

—¡Mamita! — le decía él, y como ella no lo atendiera en seguida, sus deditos inofensivos y torpes le arañaban la cara — ¡Mamita!

—¡No te levantés! — le dijo Victoria al entrar — ¡no te levantes, Mamita!

La muchacha consintió, y se puso a atender al chicuelo, que tendría dos años, dejando que los mayores se despacharan solos. Ella comería después de todos.

Aquel sobrenombre que le diera el hermanito se le iba quedando, y Mamita le llamaban ya sus vecinos, y hasta su padre, cuando volvía, malhumorado, como de costumbre, y agresivo, cuando había bebido demás, y entraba golpeando cuanto hallaba al paso, golpeándola a ella misma, le decía "Mamita", riéndose agriamente, como para disipar el dejo cariñoso del apodo infantil.

Era de la misma edad que Victoria, mas parecía mucho menor; estaba enflaquecida de tal manera, que los hombros apuntaban por debajo de la tela de la bata. Sólo se adivinaba su primavera en los ojos llenos de ilusión, de una indestructible ilusión, que nadie, ni ella misma habría podido decir dónde nacía. Y no tenía otra belleza.

—Mamita — había dicho Victoria, arrimándose a la mesa. — Traigo esto para los chicos, y esto para vos.

Hizo dos partes de lo que traía, algunos restos de su cena y un poco de leche, y una la repartió ella misma entre los niños, que la miraban, con miedo siempre de que no fuera en verdad tan buena como parecía.

Mamita la dejaba hacer, para que sus hermanitos le tomaran confianza y cariño.

Si algún día ella se iba de la ciudad o del mundo como su madre, que todos ignoraban si había huído o había muerto, su buena vecina sabría cuidarlos.

Al rato sintieron la voz de Marcos Valrull, quien salía con Crespi. Los niños miraron a la hermana, que había posado la cuchara con que daba su sopa al nene. Un ligerísimo temblor agitaba su mano, y la luz de sus ojos parecía velada.

—¡Mamita! — gritó el pequeño golpeándole la cara.

Duró aquello menos de un minuto. Luego dijo Victoria

luna, se cumplía en silencio la misteriosa labor de la primavera, que abría los capullos de los rosales.

III

Parecía mentira que aquel hombre decidido y fuerte, mostrase tanta emoción cuando, por acaso, se aproximaba a la puerta de Crespi, donde solía encontrarse con Victoria.

La muchacha acordábase entonces de la primera vez que vió llegar, como un vagabundo que busca albergue, o como un caminante desorientado que pide noticias; y ahora viéndolo todo mudado en él, su fisonomía, su traje, hasta sus maneras, pensaba cómo pudo tenerle miedo.

Juan no la hablaba nunca. Espiábala de lejos, rodeando su cuadra, y pasaba luego, saludándola apenas, y casi sin mirarla.

Ella solía quedarse un breve rato en la puerta, y en alguna ocasión observó que él, llegado al fondo de la calle, donde las copas de las árboles de ambas aceras, cerrábanse como un toldo, se detenía y volvía la cara, como si nada tuviera que hacer más allá, y quisiera deshacer su camino.

Y entonces ella, contagiada por la misma timidez, sentíase falta de valor para aguardarlo en la puerta y corría a encerrarse en su casa.

Era la hora en que las tabernas se llenaban de obreros y se encendían las primeras luces en todos los hogares.

¿Dónde vivía Juan?

A esa hora llegaba Mario Crespi, con quien el mozo solía encontrarse, pero a quien no hacía más que saludar. La relación estaba rota desde el día de la huelga, en que Juan concurrió al taller donde él era capataz, en busca de trabajo.

Casi ningún obrero había ido, y el mismo Crespi que lo invitara, sin prever los acontecimientos, faltó a la cita; pero el joven, en la encrucijada de trabajar o de morir de hambre, aprovechó la circunstancia y entró en el taller, con buen jornal, desde el primer momento.

Esa tarde ya, Crespi no lo habló.

—¡Carnero! — le gritaron al salir del taller, unos huelguistas.

El se encogió de hombros, con verdadera indiferencia. Sentíase satisfecho y fuerte, como para desafiar todas las injurias que pudieran hacerle los que no conocían su miseria y su necesidad.

Hacia más de seis meses que vivía sin' trabajo, peregrinando a lo largo de los caminos, aceptando changas mezquinas, pasando hambres, soportando las vejaciones de las policías, que sospechaban de él y lo conminaban a salir de los pueblos, ya que no encontraban motivos para encarcelarlo.

Y ahora que hallaba el trabajo que lo dignificaría a sus propios ojos, dándole medios de vivir como hombre honrado, había de renunciar a él, por seguir la corriente de los otros.

¡Oh, no! Ya los conocía. Ninguno de ellos le había tendido la mano en su miseria ¿y debía no obstante solidarizarse con ellos, por agravios que él no había recibido y que no comprendía?

—Has hecho mal, Juan,—le dijo una vez su tío, a quien encontró a solas, en lugar en que podían hablar sin ser vistos.

—¿Mal? ¿por qué? ¿debía morirme de hambre?

—Yo te habría ayudado...

—Yo no quiero limosnas.

—No hubiera sido una limosna: yo soy tu pariente.

—Pero usted es pobre; y no tiene deberes conmigo. Yo no quiero deber nada a nadie.

—Has hecho mal, y los compañeros te odian, y yo... no puedo perdonarte, porque nos has traicionado. Estamos defendiendo no sólo nuestros derechos, sino también los tuyos, porque defendemos los intereses del trabajo, contra la tiranía del capital. El triunfo es seguro, si marchamos unidos; uno de los nuestros que falle es la desmoralización, y es la derrota. Y vos ¡vos! mi pariente, te has pasado al enemigo, en contra de nosotros, que somos tus hermanos, y por tu mal ejemplo va a ser vencida nuestra justicia. ¿No puedo perdonarte!

Juan se quedó callado. Pensó que aquel hombre que le hablaba con tristeza, casi con afecto, pero con irreductible convicción, arrojándolo de su amistad y de su casa, era el padre de Victoria.

Esa tarde la había visto parada, bajo el toldo de glicinas moradas y fragantes, que daban sombra a su galería.

Cada vez parecía más alejada de él, a quien todos conocían como el enemigo de su clase, de su casta, de su sangre; y eso le infundía una pesada tristeza, que le hacía bajar los ojos cuando pasaba cerca de ella.

Pero aquellas palabras de Crespi le hirieron. Se enco-

gió de hombros, como si nada le importase ya su amistad, y luego dijo, con refrenada vehemencia:

—Vea: ayer me pagaron. Era el fin de mi primer quincena; era el primer dinero que ganaba aquí. ¿Sabe lo que sentí al recibirlo? ¿Sentí ganas de besar la mano del que me lo entregó!

—¿Sí?

—Usted lo oye.

—Entonces estás loco.

—Puede ser; también ustedes están locos; sienten cosas oscuras y marchan sin querer, siguiendo a otros que tampoco saben a dónde van. ¡Eso sentí yo!

—¿Ganas de besar una mano que te daba lo tuyo?

—Sí, que me daba lo mío. Yo sabía que eso era mío, pues lo había ganado hasta con peligro de mi vida, por la huelga. Los que no han vivido como yo días y días y meses, perdidos en los campos, pidiendo trabajo como una limosna y muriéndose de hambre o de vergüenza, porque allí nadie necesita a nadie, es el país de los pobres, donde sólo un rico puede vivir ¡ah! los que no han vivido así, no conocen el descanso de trabajar hoy, y saber que seguiremos trabajando mañana, y siempre...

Interrumpió su frase vehemente, porque a la distancia vio venir a Victoria.

Crespi lo miraba sorprendido y silencioso. En el fondo algunos de sus pensamientos coincidían con los de él.

Juan bajó los ojos para no turbarse con la visión que se acercaba, y prosiguió con mayor dulzura:

—Cuando falta el trabajo, se le busca, y lo pedimos casi como una limosna:

—Tenemos derecho a que nos lo den.

—Así dicen, ¿pero a que nos lo dé quién? ¿El dueño de un taller que tiene su personal completo? ¿el de una fábrica cerrada? ¿el industrial fundido? ¿quién ha de darnos ese trabajo a que tenemos derecho?

—La sociedad.

—¿Pero quién es la sociedad?... Y así andamos persiguiendo esa limosna, y antes de conseguirla somos humildes y todo nos parece bien; y después, cuando nos la dan, comenzamos a pensar que se nos está explotando, que la limosna la hacemos nosotros a los patrones, que se enriquecen a cuenta del obrero, y llegamos a creerlo, y los odiamos como a nues-

tros enemigos, y si no siempre queremos su muerte, de todas maneras tratamos de arruinarlos, sin pensar que nosotros nos hundimos con ellos.

Victoria vió a su padre conversando con Juan, y un momento vaciló en acercarse, porque en los últimos días el joven ponía un empeño visible en esquivarla, como si le pesara el sentirla cerca. Pero luego, con un gesto de desenfado, se aproximó a ambos, en momento en que Juan decía, con la voz trémula por una compleja emoción:

—¿Quiénes son los que se equivocan? ¿Ustedes o yo?

—¡Vos! — le replicó Crespi con ira, observando la turbación que le producía la llegada de su hija.

La tomó de un brazo antes que pronunciara una palabra, y fué a irse con ella, mas no lo hizo sin decirle su última palabra, que entró con dolor en el alma de Juan.

—¡Andáte con ellos! ¡mezcláte a los ricos y hacéte su igual, si podés! Buscá allá tus amigos, y dejanos a nosotros que no te comprendemos, ni podemos quererte...

Juan se tambaleó, como si lo hubieran golpeado, y una luz de odio pareció encenderse en el fondo de sus ojos azules.

¿Qué había hecho él para que así lo trataran? ¿en dónde estaba la injusticia? ¿en los ricos? ¿en los pobres? ¡Oh, quién hubiera podido ser tan sabio para pesar el error de cada uno y hacérselo ver!

Se quedó allí, mirando a su pesar la fina silueta que se alejaba, comprendiendo vagamente que más le valiera no haberla visto nunca, cuando sintió un golpe sobre el hombro.

—¡Qué mira el amigo! ¿Le gusta la muchacha?

Era la ruda mano de Marcos Valrull, que había caído sobre él.

Juan reprimió un movimiento de disgusto y no respondió. Alejóse un poco y dijo luego mirando en los ojos a aquel hombre, con quien se encontraba diez veces al día, sin que una vez siquiera le ahorrara su torpe saludo.

—¿De veras cree usted que yo soy su amigo?

Valrull se echó a reír. Tenía la cara encendida y los ojos chispeantes y burlones, y todas sus palabras producían una dudosa impresión de chanza y de desafío.

—¿Por qué lo negás? — le replicó tuteándolo, no obstante conocerle de poco tiempo atrás. — Te gusta la muchacha y por eso te llamo mi amigo, porque también a mí me habría gustado si yo tuviera tu edad.

Juan recordó haber oído en alguna parte que Valrull pretendía a Victoria.

Fué a responderle, con la ira que empezaba a azotarle el alma, pero sintió una raro despegó hacia todas aquellas cosas. ¿Qué le importaba a él de ella? ¿qué le importaba que otros pensaran mal o bien y se le cruzaran en el camino?

Su encono se desvaneció entonces, como una columna de humo en el viento, y habló con paz en la voz y en la mirada.

—Todos ustedes están contra mí; ¿qué les he hecho yo?

—¡Hola! ¿Empezás a quejarte?

—No me quejo; ¿qué me importa de ustedes? Pero es la ocasión de hablar y hablo. No tengo tutores y hago lo que quiero.

—¡También nosotros!

—Yo no les digo nada.

—Nos tenés miedo; por eso no hablás.

—¿Miedo yo? ¡bah! mire, ustedes en la ciudad son cien mil; yo soy uno y me animo a contrariar lo que ustedes disponen. Si se pudiera curar el miedo, se quedarían sin gente.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Nadie; yo lo veo. Cuando paso por frente a un café, a un centro obrero, a una cancha de bochas, donde quiera que haya huelguistas reunidos, nunca falta quien me insulte. Pero cuando me encuentro solo, frente a frente, con alguno de ellos, me mira y se calla. ¿Por qué se callan? ¿Por qué solos no tienen ya el mismo valor?

Valrull se le encaró, y echándose rabiosamente sobre él, le gritó:

—Pues bien, yo no me callo; yo tengo ese valor: ¿ves?... ¡carnero!

Juan se estremeció, como si temblara la tierra que le sostenía; con un gran esfuerzo logró dominarse, respondió con la misma voz mansa con que se habla a una mujer o a un niño.

—¡Usted es un viejo! y además puede decir lo que se le antoje: ¿sabe acaso usted mismo las cosas que dice?

—¿Eso significa que me crees borracho?

—¡Es posible! — contestó con indiferencia Juan.

Valrull alzó los brazos y los dejó caer sobre los dos hombros del joven; éste no se movió y como empezara a sacudirlo, y le tirase un bofetón, le cogió en el aire la mano con que iba a herirlo, y se la bajó aprisionada en su puño robusto.

—¿Ve? usted es fuerte, y es como el jefe de todos ellos; y yo me río de usted, que es un muñeco para mí.

Le dió un empujón que casi lo derribó. Valtrull se irguió ciego de rabia, pero se contuvo ante la actitud de Juan, y miró a su alrededor si había gente que pudiera auxiliarle.

Era ya tarde, y las huertas empezaban a esfumarse en el crepúsculo.

Juan sin mirar a su adversario le volvió la espalda y echó a andar, hacia la ciudad, que zumbaba a lo lejos como un infatigable taller.

¿Por qué estaban todos contra él? ¿de dónde les nacía tan ciego rencor? ¿no eran bastantes ya las esclavitudes que había en la vida, para que ellos mismos inventaran otras y se sujetaran a ellas y persiguieran a los rebeldes, que no se semetían a los nuevos tiranos, con una implacable zaña?

Pensó en Victoria. ¿Qué lejos le parecía estar de ella!

Esa era la hora en que todos los días pasaba frente a su casa para verla, bajo el toldo perfumado de sus glicinas.

Ya no pasaría más. ¿Qué podía acercarle a ella después de lo ocurrido?

Su mismo padre le había dicho: “dejáenos a nosotros que no podemos quererte...”

Y esa nueva injusticia era la única verdad que aprendiera ese día.

IV

El plan de los huelguistas era extender el movimiento a todas las empresas de transporte y a todos los gremios. Así aislarían la gran ciudad del resto del país, condenándola a perecer, si no aceptaba la ley que ellos le dictasen.

Pero aquel plan fracasó, porque faltó la solidaridad necesaria de los ferroviarios de otras empresas y de los demás obreros; y un buen día los huelguistas volvieron al trabajo, dándose por bien servidos con las pequeñas mejoras obtenidas, y con la seguridad de que ninguno perdería su puesto, ni los jornales de las días de holganza.

Juan quedó en el taller.

Deliberadamente vivía aislado de sus compañeros de trabajo y en medio de su hostilidad. Sentía que en el fondo de aquella masa oscura de prejuicios y de pasiones, fermentaba la levadura de nuevos alzamientos, que no debían tardar.

—¡Para Noviembre! — había dicho una noche Valtrull

a Crespi — Será la huelga general, en plena cosecha, de modo que la sufra todo el país, y muera si no quiere someterse.

Y repitió lo que había sido como una consigna durante el anterior levantamiento: — “Tendremos de nuestro lado al presidente”.

Juan conocía todo, aunque no estaba en las confidencias; mas no hablaba, como si viviera en mundo aparte.

Hacia un mes que no veía a Victoria, y empezaba a sufrir de aquella ausencia a que él mismo se había condenado, y que en un principio le pareció llevadera. Ni la veía ni sabía nada de su suerte.

Entrada la noche rondaba su barrio, dando largos rodeos para que no lo viera nadie, temeroso hasta de ser visto por ella misma, sin más propósito que aproximarse a los sitios en que ella vivía.

Al pasar por su casa, el cálido aroma de las glicinas le estremecía el corazón, porque le recordaba la primera vez que la vió, cuando ella le hizo la limosna de un vaso de agua, que él bebió sin mirarla, avergonzado de su aspecto de mendigo.

En el cuadro de su ventana iluminada solía ver su sombra, nada más que su sombra; y eso era un consuelo, que le hacía tornar al siguiente día buscando la misma fortuna.

—Señor Juan — le dijo una tarde una muchacha a quien no conocía — Victoria está en casa; ¿quiere verla?

—¡Sí! — contestó él, ganado por la dulzura de aquellos ojos que le miraban con afecto; y se arrepintió en seguida de haber confiado a alguien un secreto que el mismo ignoraba.

¿Sabía acaso por qué pasaba por aquellos lugares donde sólo tenía enemigos?

—Mi casa está allí — continuó la muchacha — en la otra acera, frente a la casa de ella; pase y la verá.

Era Mamita, que había adivinado la razón de la tristeza de Victoria, y quería pagarle en su medida el bien que le hiciera.

Señaló la casucha de Valrull. Juan miró. ¡Ah! ¡allí, en la casa del que había desencadenado contra él la hostilidad de las gentes, estaba ella?

—Pase y la verá — insistió Mamita.

—No, no pasaré — replicó él esquivamente — ¿por qué voy a pasar?

Y huyó de aquel sitio, perseguido por los ojos apacibles de la niña, en los que había visto apagarse la luz de una ilusión.

Un día los obreros desertaron de nuevo de los talleres, y

la llamarada de la huelga abrasó todos los gremios y todas las ciudades.

Y días de imponderable y desconocida humillación empezaron para Buenos Aires, que como una capital sitiada, vencida de antemano, hubo de soportar la ley que le dictaban los obreros federados, que parlamentaban con el gobierno, de potencia a potencia, y le otorgaban o negaban permiso para que hiciera circular algunos trenes de abastecimiento de los hospitales.

Pero si los huelguistas eran fuertes, y estaban embriagados con la conciencia de su poder, que el mismo gobierno había acatado, las empresas podían dejar correr el tiempo indefinidamente, sin ceder, de tal manera que los sitiadores pudieran a su vez ser sitiados por hambre.

Había nacido en los huelguistas la ilusión de un triunfo a breve plazo; mas no ocurrió así, y a medida que pasaban los días, sin resolverse el conflicto, se alzó ante ellos la pavorosa perspectiva de la miseria, que de golpe entraba en todos los hogares, sin que ninguno pudiera volver los ojos al otro, porque todos estaban sometidos a la misma ley.

Su fuerza venía a ser su debilidad, y siendo muchos, su sorda desesperación parecía multiplicarse con el eco de la queja de todos.

Los que tenían reservas o ahorros los consumieron; los que no los tenían, se apretaron el estómago, o ensordecieron los oídos al llanto de sus hijos, o los dejaron ir a mendigar por las calles.

Juan tropezó más de una vez, en barrios lejanos, con la figura magra y triste de Mamita, que sentada en un umbral, con su hermanito menor en los brazos aguardaba horas y horas, que alguien se compadeciera del niño ya que no de ella.

¿Es su hijo?—solían preguntarle, viendo su juventud.

Algunas veces refería la verdad; otras, por cansancio de contar su historia, dejaba pensar lo que quisieran. Mientras más miserable la imaginaran, más compasivos serían con ella.

Mas no ocurría siempre así, porque la implacable moral burguesa, de los egoístas, encontraba modo de afrentarla por una culpa que no había cometido.

Más de una vez oyó decir a la gente que pasaba: "Ese chico es prestado; no puede ser de ella"; y era esa una razón para que no se le hiciera una limosna. Una noche, una dama la miró de cerca y le dijo: "¡Bien merecido lo tiene!", y

pasó de largo; otra, acarició al niño, y le dió a ella un mal consejo: "Llévelo a la Cuna y colóquese de ama".

Y nadie pensó que toda aquella amargura naciera de una fuente inagotable, en la casa del hombre que agitaba los enconos de los proletarios, como una bandera de guerra contra las injusticias de la ciudad.

Recrudecieron las violencias que habían desacreditado la huelga anterior, y se vieron cohortes de obreros, encabezados por mujeres y niños, que se lanzaban al incendio de las instalaciones de las empresas, a la destrucción de sus vías, y aún al pillaje de sus depósitos.

El gobierno mandaba tropas contra ellos, pero ellos no las temían.

—¡Tienen orden de no tirarnos! — susurráales al oído la voz de Valrull.

Y aquello parecía verdad. Los oficiales parlamentaban, y la tropa devoraba la afrenta de tener que abandonar el campo, cuando las buenas razones no eran suficientes para contener a los huelguistas.

Pero la impunidad trajo el desborde de todos los excesos, y eso provocó la reacción. Un día la tropa mal advertida o inobediente, hizo fuego de veras, porque un soldado fué herido por los huelguistas de un balazo; y la banda de obreros que marchaba al asalto, huyó dejando algunos muertos, entre los cuales hubo niños y mujeres, que, como de costumbre, habían sido colocadas en las primeras filas.

Pero aquella energía llegaba tarde, y no sirvió de escarmiento, sino que provocó terribles represalias, enardeciendo a los obreros más remisos.

El gobierno, que empezaba a comprender que las fuerzas vitales de la nación estaban amenazadas por la prolongación de la huelga, quiso cortarla, y ordenó que se pusieran en movimiento los trenes con los obreros que quisieran volver al trabajo, bajo la decidida protección de la tropa.

Juan, ocupó un puesto de segundo maquinista en uno de los convoyes de exploración, que recorrería las líneas, para reparar los destrozos causados en ellas.

Sabía que su tren sería asaltado, mas no temía por su vida. Le habían dicho que iba a morir, y había marchado lo mismo. Tenía fiebre de demostrar que no le faltaba aquel valor que un día puso en duda Marcos Valrull.

Juan pensaba que Victoria conocía aquel episodio. ¿Dudaba

también ella de que él fuera capaz de morir como un hombre?

Una vez el mozo que había vuelto a rondar su casa encontróse con la muchacha.

Ella pasó por su lado, y no lo miró, como si el último de los miserables que incendiaban estaciones y levantaban rieles y tiraban a mansalva contra los soldados de la patria, mereciera más un saludo, que él que la amaba.

Mientras más alejada la sentía, más profunda era la sensación de aquella verdad. ¡Oh, la amaba! En la primavera que derramaba sus luces nuevas y sus frescos perfumes sobre los jardines de la ciudad, no veía él nada que pudiera ser bastante digno de ella...

Desde ese día no volvió por allí, y aceptó con regocijo la proposición de conducir el primer tren que había de cruzar por frente a la casa de ella.

Así la vería, mezclada en la horda injusta que les saldría al paso; la vería amenazándole con los puños y llena la boca de amargas palabras, que llegarían a su corazón, aún cuando rugieran a su lado todos los ruidos del mundo.

¡Así se la imaginaba! pero aún así, deseaba verla, para que ella a su vez, le viera morir.

V

Bajo el crudo sol de la mañana, aparecía más lamentable el desfile de la multitud silenciosa, que avanzaba hacia la vía.

De cuando en cuando alguna gran voz daba un viva; pero la siniestra amargura que flotaba en el ambiente, ahogaba toda expansión ruidosa.

Muchos años de injusticia de los grandes, habían amasado la terrible levadura de odios, que fermentaba en las almas.

Ya no alumbraba en ellas la razón, porque habían salvado los diques de su derecho; pero tenían la convicción y la fuerza de los ciegos instintos, que llevaban con rumbos que nadie quería preguntar cuáles eran.

¿Era hacia la vida, era hacia la muerte? ¿Y era en verdad la justicia lo que la guiaba como una columna de fuego, y por lo que quizás iban a morir?

Para desarmar el brazo de los soldados, a la cabeza marchaban las mujeres y los niños, en cuyas entrañas ardía el encono del hambre, que apaga todas las ternuras.

Esa madrugada, a la hora en que sus hijos dormían, entró Valruhl en su casa.

Mamita había velado, en la obscuridad, aguardando su vuelta, hasta muy tarde, y al fin se había rendido. Los hermanos comieron a saciarse con el jornal de sus limosnas, pero ella no, porque guardó la mayor parte de su ración para su padre, que solía volver afiebrado y hambriento.

Marcos Valrull vió la rubia cabeza de su hija caída sobre la mesa, y por un segundo alumbró su conciencia el remordimiento de que no tenía derecho de surgir como un redentor de los oprimidos, mientras su corazón no se lavase de su propia culpa.

Pero a lo lejos se oyó el silbato de un taller, en que obreros traidores habían vuelto a batir los martillos, y eso lo cegó.

—¡Dame tu delantal! — gritó a su hija sacudiéndola.

Mamita despertó sobresaltada, mirándole sin comprender.

—¡Tu delantal!

Ella se acordó entonces de un delantal rojo, con el color de la sangre fresca, que él un día le regalara, prohibiéndole que lo perdiera, porque alguna vez les serviría de estandarte.

Y la ocasión había llegado. Sacó ella su delantal rojo, y él lo ató al extremo de una caña.

Era una grotesca bandera, que en otras circunstancias, habría movido a risa a los burgueses.

—¡Vamos! — gritó Valrull poniendo la caña en manos de su hija.

—¿A dónde? — se atrevió a insinuar ella, mirando a los niños dormidos.

—¿Lo sé yo acaso?

—¿Debo dejarlos?

—¡Vamos! — insistió él, echándola hacia afuera — que duerman ellos; así tendrán menos hambre.

Fueron a salir, pero al abrir la puerta, la muchacha oyó a su hermanito menor que la llamaba:

—¡Mamita, mamita!

Se volvió y lo tomó consigo, y siguió a su padre, en un brazo el niño, en el otro apretada su pobre y ridícula bandera, en que ya empezaba a creer, porque el dolor la envolvía como un vapor de ebriedad.

De ese modo la hija de Valrull, con los dulces ojos anegados a pesar de todo en su inmortal ilusión, se puso en la primera fila. A su lado iba Victoria.

Los pies se hundían en la tierra suelta de la calzada, con

un sordo rumor de tropel lejano; y el sol indiferente doraba el polvo que flotaba sobre las cabezas.

De cuando en cuando, como un abanicazo, la brisa limpiaba el ambiente, y sobre el áspero olor de la turba, echaba un hálito de primavera.

Nadie hablaba. Hasta los niños parecían penetrados de la trágica emoción de los hombres. La roja bandera de la hija de Valrull, restallaba en el aire como un látigo.

Al llegar a los rieles, alcanzaron a ver ya el primer tren que avanzaba.

—¡Allí vendrá él! — pensó Victoria, y miró a Mamita, que había adivinado su secreto.

La muchacha comprendió el sentido de aquella mirada.

—No te quiere—le murmuró al oído—¡cómo ha de quererte.

Y sus ojos entristecidos por el ajeno pesar, buscaron la máquina que se echaba sobre ellos, agrandándose su negra silueta amenazante, empenachada de humo, y ciega y fuerte, ella también, como el símbolo de la casta poderosa que execraban.

—¡Cómo ha de quererme! — asintió Victoria, en su pensamiento, y se agarró del brazo de Mamita, para ayudarla a sostener su bandera; y juntas pisaron los rieles.

En el mismo momento, Juan, en la máquina, echado el cuerpo hacia afuera, miraba estupefacto aquella extraña visión.

—¡Pero quieren morir! — murmuró emocionado el primer maquinista, sin amenguar sin embargo, el andar del tren.

—¡Van a dejarse aplastar! — gritó Juan entrando la cabeza — ¡párese!

—¡No! — replicóle el primer maquinista, y con un gesto seco, apartó la mano que el joven llevara instintivamente a la palanca de los frenos — ¡que mueran, si es su gusto!

Las primeras filas de los huelguistas llegaban al terraplén. La hija de Valrull, dió un paso más; con una insospechada furia, agitó su bandera, y se tendió sobre los rieles, delante de todos, para que la horrenda muerte llegara primero para ella.

El delantal rojo abatido en el suelo, parecía una gran mancha de sangre. El niño lloraba.

Victoria oyó su llanto, y se corrió un paso, y se acostó delante de Mamita, que hacía más falta en el mundo; y para que la muerte no la hiciera sufrir mucho, puso la hermosa cabeza sobre el riel. ¡Qué grata frescura la del hierro sobre la mejilla enardecida!

Mientras Mamita mantuvo en alto la bandera, sólo su

flamear en el aire, interrumpía el pesado silencio. Ahora se oía el ruido de los ejes del convoy que avanzaba sobre ellos, y todos callaban, sintiendo pasar aquellos segundos que parecían eternos.

Sólo el menor de los niños, el hijo de Valrull, lloraba junto a su hermana que lo oprimía contra el pecho.

La silueta de la máquina se agrandaba monstruosamente ante las torbas miradas.

Veíanse las cabezas de los soldados, arriba del tandem, que habían ido dispuestos a tirar, si eran asaltados. Pero aquello los desorientaba.

¿Se iba a dejar matar esa gente por la máquina brutal y ciega?

—¡De veras quieren morir! — dijo con sorda voz el primer maquinista.

Y Juan, como un reproche por aquella duda que caía sobre hombres de su casta y aún de su sangre, le gritó en la cara:

—¡Sí, sí! ¡quieren morir! ¿no los conoce entonces?

La mano del primer maquinista, agarró la palanca reguladora de la marcha.

—¿Va a parar?

—¡No!

Instintivamente ralentó el andar del tren, pero siguió avanzando.

—¡El freno! — clamó Juan, que vió sobre el riel la sombra oscura, brillante al sol, de la cabeza de Victoria.

—¡No! — repitió el primer maquinista, cogiendo la mano del joven, que intentó apoderarse de la palanca.

—¿Los va a matar?

—¡Sí!

—¿Sábe quién es ésa, la primera, junto al trapo colorado?

—¡No! ¡ni me importa!

De un empujón quiso alejar a Juan, pero éste saltó sobre la palanca, cerró el vapor y apretó los frenos, y el convoy se detuvo estremeciéndose.

Juan se echó al suelo, y corrió hacia la multitud, de cuyo seno se alzó una inmensa imprecación al verle.

Sonó luego un tiro de revólver. Hubo un instante de horrible angustia; otra bala hirió a un soldado, y la tropa enfurecida se echó a tierra y abrió el fuego.

Juan alcanzó a ver en el indescriptible tumulto, cómo

se abatía repentinamente la bandera roja que acababa de alzarse a un paso de él.

—¡Victoria! — gritó — ¡Victoria! ¿Dónde está?

Otros tiros partieron del grupo de los huelguistas, y los soldados cargaron llenos de ira.

En un minuto el campo quedó libre y la tropa avanzó, enardecida, persiguiendo a los rezagados para aprisionarlos.

De la máquina abandonada, se escapaban ruidosos chorros de vapor.

—¡Victoria! — volvió a decir Juan, que estaba allí, junto a la máquina, donde había encontrado a la niña, a un palmo de las ruedas, llorando acongojadamente — ¿por qué quería morir?

La tomó en los brazos y la levantó del suelo.

Ella abrió los ojos y al verle, como si el sol la deslumbrara, volvió a cerrarlos.

—De veras — dijo, confesando su propio secreto — de veras que usted no puede quererme?

—¡Oh, Victoria! ¿quién se lo ha dicho? ¿ha podido creerlo?

Y la apretó contra su pecho, donde ella escondió la cara, buscando un refugio.

VI

Y mientras ellos hablaban de amor, y a la distancia huían los obreros perseguidos, a dos pasos de allí, caída en el talud del terraplén, junto a su bandera roja, estaba la hija de Valrull.

—¡Mamita! — le gritaba el nene prendido a su cuello, con sus manitas ansiosas.

Ella no lo oía ya; tenía una bala en el pecho, y la sangre que manaba dulcemente de la herida, iba haciendo de sus ropas otra bandera.

Cesó el ruido del vapor en la máquina y en el gran silencio que envolvió las cosas, Juan y Victoria pudieron oír aquel lamento desesperado y sin respuesta del niño abandonado, que sólo solía pronunciar una palabra:

—¡Mamita, mamita!

Hugo Wain

La Novela Semanal

Administración: FLORIDA 248 - Buenos Aires

Agente en Montevideo: C. CHECHI

APARECE TODOS LOS LUNES
CON UNA OBRA COMPLETA E
INTERESANTE DE LOS MEJORES
△ ESCRITORES ARGENTINOS △

PUBLICADAS

1. **Una hora millonario** de E. García Velloso

TIRAJE: 60 000 EJEMPLARES. AGOTADO.

Los pedidos recibidos posteriormente al 19 del corriente se
enviarán en breve plazo pues se están reeditando.

El Lunes próximo se publicará

ARTEMIS

de **ENRIQUE LARRETA**

(Autor de LA GLORIA DE DON RAMIRO).

SUCESIVAMENTE

4. **Una madre, en Francia**, de Belisario Roldán
5. **Luna de miel**, de Manuel Gálvez
6. **La psiquina**, de Ricardo Rojas
7. **Don Juan y Werther**, de José Ingenieros
8. **Un peón**, de Horacio Quiroga

PRECIOS

Por ejemplar \$ 0.10

Atrasado \$ 0.20

Suscripción única, por año \$ 5.—

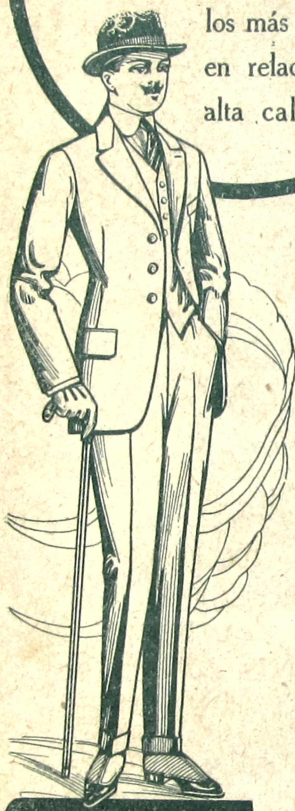
Si Vd. cuida sus intereses,
haga sus compras en esta casa.



M. Zabala
B^{ME} MITRE
Y ESMERALDA
B^S Aires.

De una elegancia
incomparable son las
confecciones de
nuestra casa, los
precios son como siempre,

los más económicos,
en relación a su
alta calidad.



Traje de pura
lana a \$ **34**

SASTRERÍA

Trajes de saco sobre medida,
en casimires de pura lana **importados**, gustos selectos y de última novedad, corte y conclusión irreprochable, desde \$ 120 hasta . . . \$ **60**

CONFECCIONES

Trajes de saco en casimires de pura lana importados en todos los gustos y colores modelos de última moda a \$ **48**

Trajes de saco en casimires de pura lana gustos ingleses, precio excepcional a \$ **25**

CATÁLOGO :: PIDALO HOY MISMO, SE REMITE GRATIS Y FRANCO DE PORTE AL INTERIOR DE LA REPÚBLICA.

ZABALA

BARTOLOMÉ MITRE
Y ESMERALDA